

Revista de Antropología Experimental
número 4, 2004.
www.ujaen.es/huesped/rae

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282
ISSN (cd-rom): 1695-9884
Deposito legal: J-154-2003

MIEDO Y ENGAÑO A TRAVÉS DE LOS PROCESOS DE INSTITUCIONALIZACIÓN DEL PODER (I)

Jose Luis Cardero Lopez¹
Alberto J. G. Ibáñez²

Resumen: Este artículo trata de demostrar que las elites sociales han necesitado, históricamente, de manera consistente y consciente, del engaño y el miedo para sostener y crear un modelo que sirviera a sus intereses y que al mismo tiempo pudiera funcionar y ser aceptado por el resto. Esta estrategia no parece haber disminuido con los sistemas llamados democráticos, sino que tan sólo se han refinado más los instrumentos y los medios que sirven o facilitan su difusión y utilización.

A través de algunos ejemplos de paradigmas sociales, este ensayo analiza cómo el poder político, económico y religioso, debido a sus características intrínsecas, necesita el mantener a sus fieles, súbditos, empleados y clientes, de alguna manera engañados y miedosos, pues otra cosa sería una amenaza directa a su propia existencia. Se trata de conseguir que los destinatarios de cada poder se comporten de manera suficientemente predecible, homogénea y ordenada, de forma que sean susceptibles de ser organizados, controlados y puedan exigírseles esfuerzos que incluso puedan resultar contraproducentes para sus propios intereses. El grado de libertad que se tolera aparece siempre relacionado y limitado por ese objetivo.

Summary: This article aims to demonstrate that the social elites have historically provoked, in a consistent and conscious way, the use of deceit, deception and fear in order to create a model that could be suitable enough to serve their interests and that such a system, at the same time, could be acceptable by the others. This strategy does not seem to have diminished with the so called democratic systems, but the instruments and means have simply become more sophisticated.

This essay, through some examples of social paradigms, shows that the political, economic and religious power need that their addressees, subjects, prayers and clients be somehow cheated and fearful in a consistent way, since otherwise they could either threaten or challenge the survival of power. It is a question of achieving that the addressees of every power behave in a sufficiently foreseeable, predictable, homogeneous and systematic way, so that they are suitable of being organized and controlled. However, by way of deception and fear, people could be forced to behave in a way that could turn out to be counter-productive for their own interests. Moreover, the degree of freedom that those three powers tolerate appears always related and limited by their goal of survival.

¹ José Luis Cardero López. Lugo, 1946. Doctor en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Especialidad, Antropología Social. Campo de trabajo: Mitología, Simbología, Hermenéutica. Es funcionario de la Administración Civil del Estado y trabaja en el Ministerio de Economía, Madrid. JLCardero@mineco.es

² Alberto J. G. Ibáñez, Madrid, 1963, Doctor en Derecho por la Universidad europea de Florencia (Italia), miembro del Cuerpo Superior de Administradores Civiles del Estado, e-mail: Ajgil@mineco.es

1. Objeto de este artículo.

Cuando nacemos nos encontramos con un sistema de organización social que nos precede. Por tanto, en un primer momento la reacción natural es pensar que dicha estructura es algo natural y lógico, que ha existido desde siempre y que debe obedecer a razones fácilmente explicables. Más tarde, el hombre, sin dejar de ser sujeto social, adquiere la capacidad para interrogarse y analizar contrastando presunciones con datos, y descubre o puede llegar a descubrir que ese modelo social determinado en que le ha tocado vivir, no es el único, ni homogéneo, ni eterno, ni probablemente el mejor, sino uno sólo de los posibles, y que si ha llegado a existir y a prevalecer sobre otros es debido a una sucesión de acontecimientos históricos, cuyas causas profundas y razones son siempre difíciles de determinar.

También uno puede llegar a darse cuenta de que ciertas “verdades” presentadas como evidentes por sí mismas en el mundo que le vio nacer, no lo son tanto o no lo son en absoluto, sino que responden más bien a la necesidad de contar con “eslóganes” o paradigmas predominantes capaces de sustentar la justicia o necesidad de una organización social determinada.

Por otra parte, si da la casualidad de que uno no se acomoda fácilmente al modelo imperante, sino que siente la necesidad de ser distinto a lo que se exige por la aparente mayoría, podrá notar el aliento de la amenaza, el castigo social o la admonición, surgiendo así el miedo, el miedo a ser diferente, a separarse del resto, a incomodar, a pensar de otra manera, a poner en cuestión los paradigmas predominantes.

Se da el caso, sin embargo, que todos los modelos sociales que han dominado un grupo determinado en un periodo concreto de la historia, no obstante la defensa acérrima de sus “verdades”, excelencia, justicia y necesidad, han acabado siendo sustituidos por otros, demostrándose así que su virtualidad, tanto como la de los otros, no servía más que para un “rato” en términos históricos.

En este ensayo, lo que vamos a intentar demostrar es que las elites sociales han utilizado/necesitado, históricamente, de manera consistente y consciente, el engaño y el miedo para sostener y crear un modelo que sirviera a sus intereses y que al mismo tiempo pudiera funcionar y ser aceptado por el resto. Lo que es más llamativo, es que esa estrategia no ha disminuido con los sistemas llamados democráticos, sino que tan sólo se han refinado más los instrumentos y los medios que sirven o facilitan su difusión y utilización.

La elección del engaño y el miedo no es por otra parte casual, ya que se trata de instrumentos claves de integración y desintegración social pues sus fórmulas más extendidas requieren normalmente de “los otros” para existir. Así, el “miedo al fracaso”, el “miedo a no estar a la altura de las expectativas de los demás”, se mezcla con la promesa ilusoria que el poder ofrece de una felicidad futura que conseguirán sus convencidos destinatarios si siguen sus instrucciones; felicidad obviamente y por otra parte que nunca llega o que se convierte en quimera inalcanzable, sin que curiosamente ello suponga un cuestionamiento serio de los presupuestos que sostienen el esfuerzo constante por conseguirla.

2. Origen e instrumentalización de miedo y engaño.

Miedo y engaño son fenómenos claves para el funcionamiento de los modelos sociales implantados en un mundo que se considera como global, aunque, naturalmente, tales fenómenos no hayan nacido con el proceso de globalización, sino que han llegado a nosotros desde tiempos muy antiguos.

El miedo como expresión de un fenómeno social nació casi con toda seguridad junto a las primeras estructuras grupales de la humanidad. Surgió a partir de una necesidad, la que despertaban las formas de control que inmediatamente se desarrollaron en los grupos sociales humanos desde que éstos comenzaron a extenderse y a participar activamente en la lucha por la supervivencia en un medio hostil. Cuando hoy hablamos del miedo como instrumento de poder, después de atender a las consideraciones de tipo ideológico y político que caracterizan a tales instrumentos socio-culturales, conviene además tener en cuenta que se trata del resultado de un proceso de transición complejo,

efectuado desde el nivel de unos mecanismos puramente biológicos –propios por lo tanto de los organismos vivientes y que se hallan a ese nivel directamente relacionados con los sistemas defensivos– hasta llegar a organizarse en estructuras notablemente más complejas y que, en cualquier caso, son el resultado de cambios cualitativos paralelos a –o comprendidos en– el camino seguido por aquellos organismos vivientes en sus procesos de complejización hasta las organizaciones sociales típicamente humanas que conocemos en la actualidad.

En el miedo tal como se presenta hoy día juegan por tanto distintos planos de composición. A efectos puramente descriptivos y simplificando notablemente, podremos señalar los tres niveles siguientes:

- Una base biológico-estructural, fisiológica diríamos tal vez mejor, en la que actúan diversos elementos tales como señales nerviosas, tejidos nerviosos especializados en codificación, análisis de señales y almacenamiento de datos, sustancias tales como hormonas, enzimas y marcadores bioquímicos, sistemas coordinadores, etc.. Sería el nivel más básico de los que consideramos aquí, nivel que los seres humanos compartimos con otros organismos vivos desarrollados, aunque tal vez pudieran encontrarse mecanismos semejantes, en distintos grados de complejidad, en la práctica totalidad de esas estructuras a las que denominamos “vivientes”.
- Una base específica, es decir, propia en este caso de la humanidad, que recogería a nivel individual todos los datos obtenidos por la experiencia de la especie a lo largo de su desarrollo, articulada en modelos o mapas cognitivos, es decir, en “paquetes” más o menos estructurados de información transmisibles e implantables, codificados a través de los distintos procesos de socialización.
- Una base cognitivo-cultural, propia de los grupos sociales humanos, en la que se integrarían dinámicamente los niveles anteriores, desarrollándose los modelos cognitivos previamente implantados en los procesos de socialización primario y secundario.

Teniendo en cuenta que cada una de estas tres bases o procesos mantienen entre sí una relación direccional, unívoca y dialéctica establecida mediante “saltos” o “mejoras” cualitativos y que por tanto, a medida que crece el nivel de complejidad de las estructuras analizadas (en nuestro caso: organismo biológico –individuo humano– grupo social), se producen simultáneamente sistemas de desarrollo correspondientes a dichos niveles de complejidad, estudiaríamos el mecanismo de actuación del miedo atendiendo al desarrollo de procesos en estos tres niveles, pero centrándonos casi exclusivamente en el tercero de ellos ya que ahí, de acuerdo con el esquema planteado anteriormente, estarían contenidos también los resultados, las consecuencias y las actuaciones de los desarrollos previos.

Según lo dicho y para no insistir en análisis excesivamente vinculados a las reacciones de las primeras etapas, que si bien en muchos casos manifiestan resultados relativamente importantes sus consecuencias pueden ser asimismo determinadas en el nivel cualitativamente más avanzado y es factible hacerlo en la práctica totalidad de los seres humanos corrientes, nos limitaremos ahora a examinar el papel que miedo y engaño juegan en la articulación de mecanismos y respuestas sociales.

Cuando una persona “siente” miedo (habrá que describir con detalle qué es lo que eso significa), tal sentimiento expresa –a este nivel– una reacción ante manifestaciones de “lo otro” que, presuntamente o de manera real, pueden acarrear consecuencias juzgadas como negativas, desagradables o amenazadoras para el ser afectado. Aún cuando no estudiemos aquí, por ejemplo, las circunstancias concretas del miedo a la muerte, al dolor o al sufrimiento (que el ser humano comparte con muchas otras especies y organismos), sí pondremos en evidencia elaboraciones simbólicas y míticas de esos temores a los que podríamos denominar “básicos” y que están relacionadas con circunstancias propias de las vivencias producidas en el grupo social. La equivalencia formal de tales elaboraciones simbólicas mostraría seguramente con bastante claridad el entramado de las relaciones sociales a partir de las cuales quedan establecidas.

En cuanto al engaño, podríamos decir que es asimismo –en sus formas más básicas, pero desarrolladas en el ámbito de las organizaciones sociales– una elaboración expresiva funcionalmente

compleja de necesidades, reacciones y comportamientos sociales, construida sobre sustratos en ocasiones muy sofisticados de tipo biológico o fisiológico-funcional que en ese nivel anterior al de la organización social están diseñados para cubrir funciones de supervivencia de organismos, individuos y especies.³ Así, a nivel biológico, muchos organismos aparentan lo que no son por medio de camuflajes, dispositivos estructurales estáticos o dinámicos e incluso a través de comportamientos imitativos o de distracción, para evitar ser eliminados por competidores más fuertes y agresivos o para apoderarse de presas incautas.

Esto puede ser considerado como el dispositivo básico del engaño en el plano biológico que, a medida que se incrementa la complejidad de las organizaciones, va siendo “recubierto” por decirlo así, con estructuras dinámicas más evolucionadas. Teniendo siempre en cuenta que los “saltos” cualitativos transforman absolutamente las organizaciones estructurales sobre las que ocurren, en lo que observamos a niveles cualitativamente más avanzados es posible reconocer todavía algunos rasgos de aquellas primeras etapas a partir de las cuales los recursos para la simulación o el encubrimiento protectores o agresivos se verán también consecuentemente desarrollados.

De igual manera que en el caso del miedo, la especie humana ha conservado en su memoria –individual y colectiva– los resultados de millones de años de procesos singulares relativos al engaño, adaptándolos a su nivel como organismo social desarrollado mediante saltos cualitativos. De una aplicación destinada en un principio a mantener la integridad del organismo biológico, el engaño ha podido transformarse –en el camino del establecimiento de organizaciones sociales– en un arma ideológicamente condicionada para la preservación de estatus, intereses y privilegios. Semejante progresión no se ha llevado a cabo desde luego de forma casual o gratuita, porque el papel de la casualidad es aquí mucho menor del que podría desempeñar en otros aspectos del desarrollo histórico de organizaciones complejas y en cualquier caso puramente anecdótico; en cuanto al coste, debemos ser conscientes de que siempre existe en este tipo de procesos y desarrollos y de que es ya no sólo importante, sino decisivo para el propio desarrollo en sí.

Vemos por tanto que esos conceptos de miedo y engaño a los que podemos atribuir hoy un importante papel como instrumentos de control social, poseen una dilatadísima cronología que se pierde en la oscuridad más profunda del Principio, sea éste cual haya sido. Ello tiene una gran repercusión en la manera como se “sienten” tales instrumentos y, sobre todo, en la manera como son utilizados. Si el engaño puede ser empleado en nuestras sociedades como un elemento condicionante y modulador de los comportamientos, es en una gran medida –al igual que ocurre con el miedo– porque posee raíces muy profundas en el espíritu de los individuos, muchas de ellas no bien conocidas e incluso completamente ignoradas y, en razón a ello, su empleo social puede recubrirse en ambos casos con un manto o apariencia de “fundamentalidad”, es decir, de necesidad de satisfacción de pulsiones falsamente naturalizadas, de modo que se asimilen a procesos de la Naturaleza, a los que, en esa condición de tales, se atribuye un carácter imperativo como acontecimientos presuntamente imprevisibles e inmanejables.

Como se verá en los epígrafes siguientes, el hecho de considerar miedo y engaño como recursos ideológicamente condicionados e intencionadamente utilizados por ciertos grupos para reconducir los intereses y arbitrar o despertar las necesidades de otros, supone que ya hemos de situarnos para el análisis en un nivel que es el más avanzado cualitativamente de los tres que señalamos al principio. Es decir, que cuando examinamos el papel de miedo y engaño en el proceso estructural y funcional de un grupo social, cuando intentamos un análisis teleológico,⁴ simultáneamente a nuestros intentos en ese sentido se produce una “recalificación” de las bases de miedo y engaño, no sirviéndonos ya los niveles más elementales y siendo obligados por necesidad a utilizar el tercer nivel, es decir, el más avanzado cualitativamente. Este proceso –al que podríamos llamar de “discriminación cualitativa de niveles”– no es algo impuesto artificialmente por una cosmovisión o por una manera de ver, sino un elemento sustancial y básico del propio proceso científico de observación. Esta circunstancia tiene mucha importancia por el hecho siguiente: en este nivel cualitativamente más avanzado se manifiesta

³ Aunque sus fundamentos son un tanto burdos, éste es el principio funcional de los “detectores de mentiras” que intentan descubrir algunas formas de engaño a partir de las alteraciones orgánicas y fisiológicas (ritmo cardíaco, sudoración, vasodilatación, etc.), que no son sino manifestaciones de procesos biológicos y bioquímicos que tienen una amplia implantación en la mayoría de los seres vivos.

⁴ Es decir, referido a las causas finales.

también con una influencia mayor el principio de incertidumbre que resultaría de su funcionamiento y que se expresaría de la siguiente forma: en los procesos de funcionamiento de los grupos sociales no se puede determinar simultáneamente la eficacia en la implantación de modelos cognitivos a lo largo de los procesos socializadores y su manifestación efectiva en comportamientos que podríamos describir como “estadísticamente esperados”.

Lo cual viene a ser un problema del que los posibles manipuladores no siempre son plenamente conscientes, porque ello quiere decir, ni más ni menos, que la esperanza de éxito en la manipulación ideológica de individuos y grupos parece que decrecerá a medida que se hace más intenso y prolongado el proceso socializador y se incrementa la complejidad de las organizaciones sociales, teniendo en cuenta, además, que estos dos parámetros son funcionalmente dependientes ya que una mayor complejidad social demanda un proceso socializador cuantitativa y cualitativamente más complejo. A su vez, la existencia de tales procesos socializadores determina una mayor complejidad de la organización social.⁵

La consecuencia de todo ello es que, si la manipulación ideológica de los individuos y grupos presenta una mayor dificultad –recordemos, no en razón de que los sujetos se hayan hecho más “listos”, sino debido al nivel cualitativo de relaciones en el que se produce la actuación manipuladora– ello supone que, o bien se incrementa la presión manipuladora aumentando de forma correspondiente el número y la densidad de los modelos cognitivos en el proceso socializador, tratando de “forzar” así la eficacia en razón de ese mayor número, o intentando modelar los comportamientos de modo “externo”, es decir, actuando sobre un patrón de modelos cognitivos ya implantado sin atender en principio a si la orientación comportamental que éstos determinan es o no favorable para los intereses manipuladores.

Para ello, en cualquiera de esas alternativas, es necesario reducir o contrarrestar de alguna manera el avance cualitativo que elementos como “miedo” o “engaño” han adquirido a lo largo de los procesos de complejización de los organismos vivientes. Se trataría de eliminar en dichos elementos los componentes más elaborados a que ha dado lugar el proceso de incremento de complejidad aludido. Pero como los avances cualitativos se caracterizan por la imposibilidad de su vuelta atrás hacia niveles ya superados en fases anteriores, es necesario contrarrestar los efectos de esos avances cualitativos mediante la presencia de otros elementos antagónicos. De tal manera se potenciarán las cualidades instintivas que “miedo” y “engaño” conservan desde las primeras etapas del desarrollo biológico, si bien, conservando su capacidad de acción como instrumentos evolucionados y como mecanismos actuantes en el grupo social. La consecuencia es que se trasladan actitudes y comportamientos correspondientes a los individuos hacia los grupos sociales, pretendiendo institucionalizarlos allí como acontecimientos legitimados por su “naturalidad”. De hecho se está intentando dar la vuelta al proceso de “discriminación cualitativa de niveles” anteriormente mencionado.

No obstante, el desarrollo a que semejante proceso da lugar no tiene garantizado un final que sea siempre coincidente con los objetivos de aquellos grupos a los que interesa dicha manipulación, aun cuando ésta se lleva igualmente a cabo, tal como veremos. Es más, podemos afirmar que ese proceso de manipulación se ha realizado muchas veces a lo largo del tiempo histórico y en las culturas y civilizaciones más diversas, con resultados no del todo desdeñables para la consecución de los objetivos previstos en cada caso por sus impulsores.

Existen dos campos en los cuales el juego al que nos referimos se presenta con mayor claridad, aun cuando –paradójicamente, y ello es una muestra de actuación del principio de incertidumbre anteriormente citado– casi siempre se les revista por el poder con un mayor nivel de carga y de elementos simbólicos: se trata de la educación-socialización y la religión.

En lo que se refiere a la educación-socialización, hablamos en realidad de un proceso complejo que abarca más de un tercio de la vida del individuo humano y que se desarrolla primero en el interior de la institución familiar y más tarde se lleva a cabo por instituciones especializadas y previstas para ello

⁵ El proceso terminará seguramente con un incremento en los procesos desequilibradores, al tiempo que producirá mecanismos sociales progresivamente más rígidos. Todo ello traerá consigo el desmoronamiento de esa organización compleja una vez superado el “borde caótico”. A este respecto es interesante analizar las conclusiones a las que llega James Gleick en su trabajo sobre Teoría del Caos (J. GLEICK, *Théorie du chaos. Vers une nouvelle science*, Champs/Flammarion, Paris, 1996, sobre todo el capítulo «Le Collectif des systèmes dynamiques» p. 303 y ss.)

en el orden social. La terminología utilizada (educación-socialización) pretende destacar el hecho –a nuestro juicio muy importante– de la total interdependencia que existe entre dos procesos que habitualmente se consideran de forma singular y separada (educación, socialización) en los estudios temáticos. Considerando que el resultado de esa conjunción de procesos va a ser un condicionamiento decisivo en la vida de los individuos y considerando asimismo los intereses comunes a los que los instrumentos educadores-socializadores representan, consideramos que debe estudiarse como un proceso único, al menos desde un punto de vista general como intenta ser el utilizado en este trabajo.

La religión por su parte es el resultado de otro proceso de transformación de sentimientos que si bien, en un principio, pudieron tener un aspecto personal e individual, pronto fueron asumidos y controlados por el grupo social. Hablamos de un camino que va desde las manifestaciones de lo numinoso (como uno de los aspectos que puede presentar lo sagrado), hasta la institucionalización de lo religioso en iglesias y estructuras coordinadas por especialistas (del tipo de los sacerdotes, con la gran variedad de denominaciones y funciones que surgen en el movimiento religioso a lo largo de los milenios). Nietzsche presenta una opinión muy interesante sobre el origen de los dioses, de los sacerdotes y del miedo que abarca muchos de los aspectos que aquí vamos a tocar, cuando habla de esa transformación llevada a cabo desde las creencias de los oscuros tiempos de titanes y dioses-animales hasta la luminosidad y la humanidad de los Olímpicos.⁶

3. El miedo y la máscara.

¿Qué papel desempeña la máscara? La máscara es la persona y al tiempo es la negación de la persona. En ella, como metáfora y como instrumento de dominio, confluyen las articulaciones dialécticas del ser –como haber y como actuar, como posibilidad y como seguridad– para que el individuo pueda ser aceptado dentro de su grupo y dentro de su estatus. Nadie hay, nada hay⁷ –o es sin máscara. En palabras de Nietzsche, el humano se designa como el ser que mide valores, como el animal “tasador de sí”. Pero el problema comienza aquí mismo, ya que, no tardando mucho, ese sentimiento de intercambio ha de verse traspasado desde el ser individual hasta la comunidad, y allí lo que se tasa y se mide, se intercambia y se compara, ya no es lo “de sí”, sino el poder.⁸

En lo que se refiere a la máscara como simbolismo y representación, primero ocurre su presencia vinculada a la persona, pero siempre como objeto superpuesto a la misma, en calidad de frontera, de *limes*. La máscara es aquí el otro que, en cualquier caso, llevamos dentro como una señal de aquél primer combate producido en el individuo por la determinación del yo. Es una imagen de aquél combate y de su resultado. En segundo lugar, la máscara simboliza el engaño, tanto el producido en el yo respecto a su propia delimitación con respecto a los otros próximos, como en el admitido, establecido y aceptado dentro del grupo social (“todos tenemos dos caras” –el dios Jano o el Hermes bifronte serían la simbolización o representación cognitiva de este proceso–). En tercer término, la máscara representa el engaño socialmente instituido pero *públicamente* rechazado y condenado por las instancias del poder. Todos estos aspectos son mutuamente dependientes y consecuencia unos de otros; no se pueden concebir aislados si no es de forma incompleta y parcial, hurtando para ello su “acción ejecutable” de entendimiento, sin cuya actuación carecen de sentido.

El proceso social del engaño sigue, por tanto, un curso paralelo al que hemos descrito brevemente para el miedo. Sin remontarnos a sus antecedentes biológicos ya citados, ciñéndonos exclusivamente a ese desarrollo social, vemos que en este ámbito se produce también una gran transformación, una mutación cualitativa mediante la cual el sustrato sobre el que dicha mutación ocurre (es decir, el yo) queda radical y absolutamente cambiado en su propia naturaleza. Desde la etapa en que el engaño aun no es reconocido ni social ni individualmente como tal, es decir, cuando su representación –la máscara– permanece todavía vinculada a la persona y es considerada como el resultado de un proceso de “autodefinición”, hasta la primera de las transformaciones decisivas que va a experimentar, se

⁶ F. NIETZSCHE, *El origen de los dioses griegos*, Aldebarán Ediciones, Madrid, 1999. p.51 y s.

⁷ “Hay”, en el sentido heideggeriano de “hay ser”.

⁸ F. NIETZSCHE, *La genealogía de la moral*, Tratado Segundo, 8. Alianza Editorial, Biblioteca Nietzsche, Madrid, 1997, p. 91-92.

produce un cambio cualitativo: el individuo comienza a perder su independencia como sujeto singular y adquiere su estatus de miembro de la colectividad.

Es éste el momento en que se lleva a cabo la primera manipulación seria sobre un instrumento que, en principio, tan sólo contribuye, junto con otros, al proceso auto-definidor del yo. La familia, como órgano productor y reproductor de la ideología dominante, modela ese instrumento mediante el proceso de socialización primario, adaptándolo a su futuro papel como arma ideológicamente condicionada para la lucha de caracteres (competición dentro del ámbito familiar y conquista de la posición del yo entre los individuos integrantes de dicho ámbito) y para la lucha por la vida dentro de la sociedad (conquista y mantenimiento de estatus, consecución del poder, etc.).

Sin embargo, con esa lucha que en ocasiones adquiere un carácter dramático y cuyos resultados van a condicionar siempre a los individuos, no ha hecho más que empezar un largo proceso que, seguramente, durará toda la vida del sujeto y que va a tener consecuencias no sólo para éste, sino para el desarrollo del grupo en su conjunto.

Es necesario completar el cambio. El yo tiene que poseer una naturaleza oculta, escondida a los ojos de los demás y accesible solamente –y no siempre, es decir no en todas las circunstancias– para sus compañeros o colegas de estatus presentes o futuros. Esto se adquiere, por ejemplo, con la asistencia a colegios de elite, en los cuales esa segunda naturaleza –que luego se cubrirá con la máscara– va integrándose en el yo previamente predispuesto mediante la socialización primaria, mediante la implantación de los correspondientes modelos cognitivos.

Aquí la máscara ya no es un instrumento definidor del yo, sino un elemento de cobertura, un dispositivo apto para esconder algo detrás, algo que no puede ser visto –ni siquiera reconocido– si no es ante un grupo muy selecto y restringido de otros individuos afines. La máscara recubre ahora modelos convencionales de comportamiento, pautas de reconocimiento de estatus, sentimientos inconfesados, propósitos de agresión, etc...; la máscara pasa a ser, por tanto, contenedor y signo reconocible para algunos. Es algo que ya será prácticamente imposible de abandonar (“imprime carácter”, como suele decirse) y también prácticamente imposible de falsificar, de tal manera que a ese grupo no podrán incorporarse elementos ajenos o potencialmente peligrosos para la integridad del grupo.

Esta segunda fase de transformación no es más que el umbral para el cambio más importante que se espera: la adopción pública del sistema general de relaciones, constituido por una pluralidad de relaciones parciales, vinculadas éstas al ámbito familiar y de estatus. Ese reconocimiento social supone la internalización del proceso que ha llevado al engaño hasta los niveles más significativos de actuación cognitiva. Tanto ha progresado en este proceso que la mayoría de los individuos lo considera (al engaño) como un mecanismo “natural”, es decir, propiciado por la naturaleza misma de las cosas e impulsado por ella. Con esta progresión dialéctica el propio yo individual se ha transformado, se ha cerrado el círculo. Desde sus orígenes en los sistemas biológicos, se ha completado el cambio del engaño hasta un instrumento de carácter social, al que, finalmente, se le desprovee de ese carácter para intentar la potenciación de los niveles instintivos y condicionantes.

4. Los límites consustanciales del hombre para conocer la verdad.

Giorgio Colli, establece que “lo verdadero, la verdad, es la categoría que expresa la posesión de una referencia al contacto metafísico; lo falso es la categoría que expresa la falta de una referencia al contacto metafísico..., contacto metafísico aquí entendido como lo inmediato”.⁹ De manera tal vez menos sofisticada, vamos aquí a enfrentarnos con un enfoque de abajo a arriba a los límites del hombre para conocer la/su verdad.

Es cierto que el hombre tiene limitaciones consustanciales a las características de su propia mente que le impiden, y probablemente le impedirán todavía durante mucho tiempo, tener un acceso directo, limpio y sin trabas (dudas) a la verdad (si es que tal cosa existe). En este sentido, nuestro conocimiento de toda realidad que por su propia naturaleza supere nuestra capacidad de razonar y

⁹ Giorgio COLLI, *Filosofía de la expresión*, ed. Siruela (2004), p. 102.

comprender sólo será accesible de forma indirecta, tangencial, siempre superficialmente o a medias, siempre a través de intermediarios, tales como símbolos, metáforas o teorías (aunque tengan el ropaje de lo científico). Como consecuencia, cada interpretación que obtengamos por esos medios será forzosamente provisional, con una duración limitada, la que tarda en aparecer un nuevo dato que no habíamos previsto o un acontecimiento “nuevo”, o algo que no encaja y que por tanto demuestra que lo anterior no era tan cierto y veraz como pensábamos. Por tanto, asumámoslo cuanto antes, debemos resignarnos a vivir con una verdad limitada, esquivada y a medias.

Pero eso es una cosa, y otra muy distinta (y es lo que está pasando) que esa ausencia de verdad sea sustituida o tapada por el engaño más burdo y falaz. Pero lo más sorprendente es que incluso la limitada verdad de que puede/podría disfrutar el hombre, el propio hombre (algunos hombres) se preocupe de que aparezca desvirtuada por un engaño o mentira introducidos a sabiendas ¿Por qué esa actitud?

Engañar no sólo es mentir de vez en cuando sino mantener una estructura que presenta como verdades absolutas y esquemas sólidos lo que son sólo puras hipótesis o verdades a medias, y hacerlo consciente y expresamente porque el engañador/manipulador trata de obtener un beneficio claro y neto por ello. El engaño además requiere de más engaño para mantenerse, pues normalmente se presentará como benéfico para el engañado al que tratará de convencer de que apuntarse al engaño es lo mejor o que no hay opción fuera de él, o que cualquier alternativa real o hipotética será “seguro” más peligrosa.

Sin embargo, como el engaño supone luchar contra una tendencia innata del individuo a la verdad (tendencia que como el valor en ciertos ámbitos castrenses, se le supone), mantener en el tiempo y en intensidad una estructura engañosa requiere de un esfuerzo intenso, durable y creciente en proporción. Es decir, el engaño y los presupuestos falsos que le sirven de fundamento deben ser machaconamente repetidos en todos los círculos y ámbitos posibles (escuelas, círculos políticos, medios de comunicación, iglesias, etc...) y sus alternativas permanentemente ridiculizadas. Además deben hacerse oír desde el momento mismo de nacer, aunque sea en forma de canciones, nanas (“duérmete niño, duérmete ya, que viene el coco y te comerá....”) villancicos (“ya vienen los reyes...”), trucos, o frases hechas que la “tradición” acepta como aconsejables para dirigirse a la infancia pero que responden a generalizaciones, exageraciones o claras inexactitudes (“eso es caca”, “si no comes llamo al hombre del saco/tu padre/el vecino feo/la policía”, “eres la cosa más preciosa del mundo”, “no sirves para nada”, “me vas a matar”, etc...).

Más allá de la anécdota, lo importante es destacar que desde el nacimiento el ser humano empieza a ser engañado y a asumir la mentira como algo natural e incluso útil en la educación de la infancia. En otras palabras, al niño/niña se le trata como tonto desde muy pronto, a pesar de que oficialmente se le dice querer. Claro que para ello el padre/madre debe asumir previamente su propio auto-engaño, llegando a creerse sus propias mentiras o justificando las mentiras que dice precisamente por el amor que se le profesa (esta unión entre amor y engaño la volveremos a encontrar más adelante en la adolescencia y en el periodo adulto). Nada de esto es nuevo; sin embargo, lo que sostenemos aquí es que este hecho no es baladí ni se produce por casualidad sino que obedece a una cuidada estrategia (impulsada probablemente por unos pocos pero asumida poco a poco por la colectividad) de ir acostumbrando a ese niño/niña a lo que le espera en la edad adulta, es decir, ir a asumir el engaño como algo natural e incluso necesario para mantener una cierto orden y estructura social “que funcione”.

Un supuesto paradigmático, que ya hemos tenido ocasión de comentar en otro lugar,¹⁰ es el supuesto carácter “inocente” y hasta conveniente del mito de los Reyes magos/Papá Noel/Santa Claus/San Nicolás (curiosamente todos ellos pertenecientes a sociedades de base cristiana y desarrollo económico alto). Más allá del origen legendario de algunas de estas figuras, lo que interesa comentar aquí es su razón de ser y la lógica en que se sustenta. La justificación base del mantenimiento de este engaño es que ayuda a fomentar la ilusión en los niños y la alegría. En este sentido se aportan incluso testimonios particulares de personas que recuerdan con añoranza los tiempos en que esperaban los regalos de esas figuras míticas.

¹⁰ J.L. CARDERO LÓPEZ & Alberto J.G. IBÁÑEZ “La Guerra de los caracteres: la madre de todas las batallas” *Experimental* n° 3, 2003.

Sin embargo, existen suficientes argumentos para demostrar la base irreal e incluso contraproducente de esta figura.¹¹ Así, se olvida a menudo la frustración que genera a un niño/niña el momento de enterarse que le han estado tomando el pelo varios años nada más y nada menos que sus propios padres. Es cierto que a partir de ese momento la ilusión de recibir regalos baja notablemente (razón por la cual algunos siguen achacando a decir la verdad la disminución de la alegría o la ilusión), pero ello no es porque esté demostrado que si uno sabe que los padres y demás familiares son los que compran los regalos ello sea objeto de menos alegría, sino porque tras la constatación de tamaño engaño y/o falsedad lógicamente nada vuelve a ser como antes. De hecho, en aquellos casos en que una familia ha tenido el coraje de no mentir desde el principio a sus hijos en este aspecto, recomendándoles tan sólo que respondan con evasivas a otros niños que operan bajo el engaño, el ser tratados con honestidad eleva normalmente tanto su auto-estima frente al resto de los niños (que se mantienen engañados por sus padres) como el propio cariño hacia sus padres. En efecto ¿qué puede haber más bonito y más generador de alegría que saber que tus padres y la gente que te quiere ahorra para comprarte regalos en un día especial? ¿Por qué eso debe ser más triste y menos generador de ilusión que creer que unos señores muy raros reparten el mismo día, tras aparecer en múltiples cabalgatas u otras ferias parecidas, y prácticamente de forma simultánea, en un corto periodo de tiempo regalos a todos los niños del mundo? ¿Realmente alguien puede creer que un señor con la cara barnizada de betún o la barba postiza puede crear más confianza y alegría que los propios padres? Parece que, al menos en una sociedad mentalmente sana ello no debería ser así.

Entonces, ¿por qué aparece más justificado e incluso calificado de bondadoso tratar como estúpidos a los niños que decirles la verdad? La verdadera razón parece que hay que buscarla en otra línea argumental. Lo primero que procede es reconocer la utilidad de esta figura para manipular el comportamiento de los niños y corregir actitudes no deseables, sin asumir frente a ellos ninguna responsabilidad (“si te portas mal, los reyes magos te traerán carbón...”). Son esas figuras míticas, y no los padres, los que pueden, en virtud de una capacidad paranormal, castigar a los niños con malos regalos. Lo segundo es aprovechar un mecanismo tremendamente útil y barato, para empezar a estructurar la mente del niño de manera que acepte el engaño como algo normal y benigno (nada más y nada menos que tus padres son responsables del engaño por lo que no puede ser tan malo después de todo). Por último, resulta enormemente rentable ofrecer un mecanismo para hacer más tragable las penalidades del mundo real, mecanismo que consistiría no tanto en luchar para modificar lo que causa ese dolor (actitud que resultaría muy peligrosa para el orden social ya que dicho orden produce y justifica esas mismas penalidades), sino en trasladarse a un mundo idílico, hipotético en el que poder soñar y ponerse en manos de fantasmas.

Es este sentido, resulta sintomático cómo se protege a los niños para privarles el mayor tiempo posible de sufrir (y por tanto de ver) la realidad, para que luego puedan recordar su infancia como su periodo de mayor felicidad, llegándose de esta manera a identificar definitivamente felicidad con ilusión e ignorancia. Del mismo modo se comienza a desactivar (luego vendrán otras andanadas) de forma bastante ingeniosa cara al futuro adulto la peligrosa creencia consistente en poder pensar que la felicidad debe buscarse por uno mismo, con su propio esfuerzo partiendo del mundo real, tal cual es, con sus bondades y mezquindades, pero también aceptando la conveniencia de intentar cambiarlo.

A fin de cuentas, con ánimo de cerrar el círculo vicioso del pensamiento flojo: si los padres pensaran realmente que el engaño y la ilusión son mejores que la realidad para sus hijos, ¿qué rara lógica les animaría a reproducirse en un mundo cuya realidad consideran tan poco estimulante? Si soñar es mejor que vivir ¿por qué no dejan la paternidad/maternidad para sus sueños?

Que conste que todos estos razonamientos no suponen desacreditar la imaginación o el mundo de la fantasía. Nada más bello que la creación literaria o artística, pero cuando a uno le cuentan un cuento o lee un libro, sabe que lo que está oyendo o leyendo probablemente ha ocurrido sólo en la mente del autor o, al menos, no hay obligación de asegurar al lector u oyente que necesariamente todo lo que está oyendo o leyendo ha ocurrido realmente. E incluso existen suficientes historias reales que no tienen que envidiar en nada a la ficción más elevada (¿hay alguna aventura inventada que supere

¹¹ No entraremos aquí a valorar el particular origen de alguna de estas leyendas más cercanas de seres malignos que engañaban a los niños para raptarlos (Papa Noel) o lo contradictorio de que la propia religión cristiana encubre a unos “magos” que por otra parte han sido perseguidos por la Santa Inquisición de la Iglesia católica, la cual todavía hoy mira a todo los supuestos magos con desconfianza.

imaginativamente al primer viaje de Colón?), y que podrían ser igualmente formativas pues la imaginación se desarrolla tratando de recrear en nuestra mente (con arreglo a nuestro propio mundo simbólico) algo que cuenta otro, independientemente de que haya ocurrido o no (pues irremediabilmente nunca habrá ocurrido exactamente como se cuenta).

En definitiva, lo que se critica no es la fantasía ni siquiera la inexactitud, sino el engaño a sabiendas, y máxime cuando se considera como algo positivo en la educación del niño/niña. En realidad, no existe ninguna razón de peso que justifique el engaño, y en este caso como en el del mal, puede afirmarse categóricamente que quien lo justifica o lo acepta sin lucha, se convierte en cómplice de su existencia y deberá responder, al menos, ante su conciencia.

5. De cómo se crean los paradigmas sociales y algunos ejemplos de su falsedad y/o exageración.

La expresión “paradigma social” la entenderemos aquí como el esquema mental al que se adaptan o se sienten forzados a adaptarse las palabras, pensamientos y comportamientos de un grupo dado. Si el proceso de creación de un paradigma social lo asemejásemos a una receta de cocina, podría presentarse más o menos como sigue: tómese una actuación particular discutible, elévese a principio general, elimínense todos los comportamientos que contradigan dicho principio aunque sean porcentualmente mayoritarios, exagérense convenientemente todas las actuaciones e informaciones que convengan a lo que se quiere demostrar, sazónese con un toque de declaraciones de firmeza procedentes de alguna institución “de reconocido prestigio” para aumentar su poder y hacerlo incuestionable, y... ya tiene su paradigma social predominante.

El problema surge cuando el hombre occidental, prototipo de triunfador en términos de evolución social, se considera a sí mismo como superior al resto de culturas y pierde la capacidad de mirar, y criticar, su propia sociedad como un verdadero investigador social, entre otras razones, porque no encuentra con qué comparar lo que considera en el fondo el mejor resultado conseguido hasta la fecha. No ocurre así cuando mira su propio pasado o a otras culturas, donde es probable que incurra en algún tipo de esquema comparativo con lo que el observador mejor conoce: la sociedad de la que proviene (dejaremos de lado por excesivamente simplistas a los que se suben al carro del “todo tiempo pasado fue mejor”). Tomemos como ejemplo, el clásico libro de J.G. Frazer *La rama dorada*.¹² Es fácil a través de su lectura caer en el error de menospreciar, con sonrisa burlona, los rituales y costumbres que allí se describen de otros pueblos o del origen histórico lejano de nuestras culturas, considerando de manera semi-inconsciente y automática que nosotros, tan modernos y civilizados, nunca caeríamos en semejante barbarie y candidez. Sin embargo, ¿podemos estar realmente seguros de ello? ¿No podríamos ser considerados, salvando las distancias, tan infantiles como nuestros antepasados o los mal llamados pueblos salvajes? La pregunta es ¿qué pensará el investigador de un futuro más o menos remoto cuando observe y estudie las creencias y costumbres que inspiran las actuaciones y comportamientos de nuestra época? ¿También reirá burlón? Nosotros creemos que es bastante probable que así sea y algunas pruebas de ello aportamos a continuación.

Aunque los ejemplos de paradigmas sociales que siguen sean siempre matizables, y en ocasiones pudieran ser sustituidos por otros, tal vez mejores o más exactos (no pretendemos estar en posesión de “la” verdad, sea lo que ésta sea), pensamos que son suficientes para demostrar la presencia del engaño o de las simplificaciones exageradas en nuestras sociedades con ánimo de manipular o dirigir comportamientos.

a) *Tener hijos resulta **siempre** una experiencia maravillosa, los procreadores serán más felices gracias a los procreados.*

No se trata aquí de discutir en términos generales la saludable labor de tener niños ni la experiencia de la paternidad/maternidad, sino cuestionar algunas asunciones falsas que rodean esta tarea, por lo demás muy honorable. La primera asunción que circula en ambientes sociales extensos es que “tener niños es lo más maravilloso del mundo”. Efectivamente tener niños puede ser lo más

¹² J.G. FRAZER, *La rama dorada: Magia y religión*, ed. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1998 (décima reimpresión)

maravilloso del mundo, al igual que otras muchas actividades y experiencias, pero ello dependerá de que se cumplan algunas condiciones mínimas.

Por ejemplo, para la mujer el embarazo es un proceso que puede ser tanto muy satisfactorio como muy desagradable, ya que además de diversas molestias, mareos, vómitos, etc..., puede acabar (más veces de las que se piensa) incluso en un aborto “espontáneo”, que a estas alturas del siglo XXI no parece (¿curiosamente?) poder evitarse. El parto puede salir rápido y con un dolor asumible y fácilmente olvidable a causa de la alegría de ver al recién nacido, pero también puede traer riesgos y situaciones (de las que casi nunca se habla), entre las que la más leve es sufrir una cesárea y la más grave que corra peligro la vida o salud de la madre y/o el niño. Por otra parte, el niño puede ser de esos que salen en las películas, que parecen ideales, pero también (más veces de las que se cuenta) puede suceder algo que afecte a la salud física o mental del recién nacido.

Una vez nacido, por otra parte, todo puede ir razonablemente bien, pero también (muchas veces) el niño puede no querer dormir, ser hiperactivo, caer en distintos tipos de enfermedades y problemas (de las que el médico casi nunca advierte), como invaginaciones, cólicos permanentes, otitis, etc... A todo ello se añade que el proceso de crecimiento del niño es extraordinariamente lento y dependiente de los demás en comparación con otras especies. Esto se justifica aparentemente por el desarrollo de una mente más compleja y ser bípedo, aunque muchas cosas estén todavía pendientes de una explicación satisfactoria comparando su desarrollo con el de seres más simples (¿por qué tarda tanto en andar a gatas (cuatro patas)? ¿Por qué tarda tanto en comunicarse aunque sea por signos (ladrar)?). En definitiva, cuando preguntas a alguien por qué no se advierte a los futuros padres, junto a los aspectos positivos indudables, de los posibles riesgos que puede entrañar el acto procreado, tanto el colectivo médico, educador, religioso, como otros miembros fieles defensores del paradigma, responden con total descaro: “¡Hombre, es que si se les advierte (si se les dice la verdad), nadie tendría hijos!”.

Tampoco parece cierto que tener hijos pueda llenar “definitivamente” un vacío existencial, realice como persona, o compense posibles carencias emocionales. Mejor dicho, sí puede hacerlo pero sólo de forma superficial y provisionalmente, hasta tanto el niño adquiera personalidad para responder y enfrentarse a sus padres o simplemente para decidir por sí mismo que no está entre sus objetivos responder a nuestras expectativas/necesidades. En realidad, el posible (y muy extendido) vacío o carencia afectiva lo debe resolver cada uno/una individualmente sin transferir esa responsabilidad a otro. Es más, tener un hijo en esas condiciones o por esas razones debería ser considerado un acto inmoral, que va contra los derechos del niño, pues éste no tiene por qué asumir la obligación de hacer feliz a otro que no sabe ser feliz por sí mismo. En otras palabras, lo que no se dice en el paradigma social predominante (el paradigma oculto) es que una persona que decide tener un hijo debería ser lo suficiente madura para tener ya resueltos sus propios problemas (al menos los básicos) antes de tan importante decisión, so pena de conseguir tan sólo transmitir sus problemas al siguiente, es decir a su hijo, que de esta manera se convierte en una víctima más de tan “entusiasta” padre/madre.

Es decir, que bajo ese aparente interés entusiasta e insistente de la sociedad en que las personas se reproduzcan laten probablemente otras razones más oscuras y escondidas. La primera prueba de ello la encontramos en que un grupo muy importante de personas que defienden a ultranza una reproducción expansiva, optan ellos mismos por no participar en ese juego, asegurando incluso y con cierto descaro que su propia evolución espiritual (y por tanto su propia felicidad) se verá beneficiada por no ser padres. En este caso, se encontrarían los sacerdotes de varias religiones, así como todo el espectro de defensores de la castidad (a veces más nominal que real). Una segunda prueba de esta hipocresía institucionalizada es que, aunque pueda resultar perdonable que uno de los que optan por ser castos y/o célibes pueda ocasionalmente no serlo, lo que no se admite bajo ningún concepto es que asuman con responsabilidad el posible resultado de ese “pecadillo”, es decir un potencial hijo, so pena de ser expulsados de su actual estatus. Es decir, la prueba de que lo que en realidad están intentando evitar son las consecuencias de un parto, es que “olvidar” su promesa de castidad es perdonable siempre que no resulte en un nacimiento (que por lo tanto sería lo único no tolerable y por ende realmente condenable).

Otra vertiente manipuladora del paradigma que encabeza este apartado es que se utiliza paralelamente para intentar despertar un sentido de culpabilidad entre los que todavía no son padres

o lo son pero sólo de un hijo, acudiendo a estratagemas tan absurdos como hacerles responsables de un posible fallo en el sistema de pensiones para nuestros mayores. En realidad, ello se hace para ocultar de nuevo que un previsible fallo del modelo actual de pensiones deriva más bien de un sistema económico probablemente injusto que carga las pensiones de los mayores sobre las espaldas de los que siguen trabajando; un sistema imposible que lleva a una necesidad siempre creciente de nuevos contribuyentes/trabajadores que el propio sistema (cada vez más mecanizado) ni necesita realmente ni puede asumir en la práctica (no hay más que ver las cifras de paro que no son obstáculos sin embargo para mantener el crecimiento económico). Dicha necesidad de incremento exponencial de contribuyentes también sea probablemente debida a que los mayores cada vez serán lógicamente más numerosos, con expectativas de vida cada vez más largas y con mayores necesidades económicas, por lo que reclaman y reclamarán pensiones cada vez más altas.

Es por tanto un sistema que se contradice en sí mismo, imposible de mantener, pero esto no es óbice para seguir manteniendo de forma machacona el soniquete de que un crecimiento de la natalidad es la solución (¿para qué más natalidad si sigue habiendo paro?), cuando en realidad la solución real estribaría probablemente en repensar el modelo y cambiarlo por otro radicalmente distinto basado en criterios de solidaridad globales que permitan fórmulas de reparto del crecimiento económico, pues los planes de pensiones privados probablemente no son nada más que un parche provisional en un globo a punto de estallar.

Otro argumento que apoyaría nuestra tesis de “falso paradigma” es que los grupos que defienden más ardientemente el sistema actual de reproducción humana, se niegan a mejorarlo para que pudiera ser efectivamente más agradable y sencillo para padres e hijos. Así, se presentan como algo natural y por lo tanto imposible de evitar: el embarazo indeseado (“que se fastidien”, parecen pensar de forma nada caritativa), la menstruación (hay investigaciones que lo permitirían), el parto con dolor, etc... Probablemente si la ciencia no avanza más rápido en todos estos aspectos, proponiendo alternativas más favorables para la mujer y para el hijo, es por la presión de los mismos grupos que siguen defendiendo un sistema que requiere para seguir funcionando de un condicionamiento/sometimiento excesivo de la mujer. Tal vez esto sea lo que busquen en realidad.

Y es que uno de los efectos perversos del sistema actual (y lo que lo hace por tanto sospechoso que perdure tal como está) es que resulta un excelente medio de control social, pues los padres, si son fieles seguidores del paradigma predominante, acaban estando tan ocupados/preocupados con su bebé/niño/adolescente que: a) tienen poco tiempo para pensar en rebelarse contra el sistema; b) son fáciles sujetos de chantaje para aceptar trabajos insatisfactorios o mal pagados, ya que todo es poco para pagar las facturas que su paternidad implica. Resulta efectivamente casi impensable que un medio tan eficaz de control sea desaprovechado (ni lo vaya a ser en el futuro) por quienes detentan los diversos tipos de poder.

*b) El modelo educativo tiene por **principal** objetivo crear hombres/mujeres libres y cultivados.*

En un país occidental como España, que pertenece a la Unión Europea, y que se basa en un régimen democrático que va unido (¿nominalmente?) al principio de igualdad y a la libre elección de los gobernantes (de acuerdo con el presupuesto de “un hombre, un voto”), lo lógico resulta pensar que el modelo educativo procurase como objetivo fundamental formar a los ciudadanos para poder crear su propio criterio, de manera que sean independientes para formar su opinión y libres para expresarla. Ello, insistimos, sería lo lógico, pero ¿de verdad puede sostenerse que sea así?

El primer dato que nos induce a pensar que las cosas discurren por otros caminos es el tal vez excesivo porcentaje de colegios de una orientación ideológica/religiosa determinada. En estos casos resulta obvio de que no se tratará con mucho ahínco de formar hombres libres capaces de diseñar su criterio propio, sino que el objetivo será más bien convencer a los alumnos para que profesen un determinado tipo de creencias (otra cosa es que esta estrategia sea casi siempre contraproducente y lo que consigan a fuerza de intentar convencer es provocar rechazo).

Otro motivo para dudar de las verdaderas intenciones del modelo educativo actual es la escasa relevancia de la figura del maestro o profesor de enseñanza primaria y secundaria. Independientemente de que pueda haber grandes profesionales en este sector (a pesar del sistema mismo), lo que llama la atención a cualquier observador es que una de las funciones más importantes

y claves en una sociedad que aspira a estar constituida por ciudadanos bien formados y cultivados, sea considerada prácticamente de segundo nivel (por ejemplo, en comparación con otras carreras, tradicionalmente para cursar magisterio no se ha exigido aprobar la selectividad), con un nivel de exigencia menor a otras disciplinas, o que se considere no excesivamente exigente para poderla cursar y aprobar. Esta imagen/situación tiende a trasladarse lógicamente en el prestigio de estos profesionales, su consideración y relevancia frente a sus alumnos y la sociedad.

Pues bien, esa realidad no es compatible con una sociedad que considere a la formación lo más importante. Tanto en el sector público, como en el privado, los profesionales de la enseñanza deberían ser los mejor preparados, a los que se exigiese más, pero también a los que se pagase más y se atribuyeran más medios. Que sea otra la situación deja entrever que la verdadera intención del sistema educativo resulta distinta a la anteriormente apuntada. Además de cubrir formalmente el expediente de la educación obligatoria, almacenando en aulas alumnos que periódicamente son sometidos a algún tipo de examen, ¿qué resultados prácticos obtiene dicho modelo para quien/quienes lo sostienen? Lo primero que consigue es tener a esos chavales ocupados y a buen recaudo mientras sus padres trabajan (aunque a veces ni eso). Lo segundo es inculcar en los alumnos algunos conocimientos mínimos, utilizando un método que permite que puedan olvidar fácil y rápidamente lo que han supuestamente aprendido (excepto, tal vez, las singularidades históricas de algunos territorios, casi siempre exageradas cuando no manipuladas, o aquello que sirva para fomentar la división, el conflicto o el enfrentamiento).

¿Qué se les enseña en realidad? En el “mejor” de los casos, a obedecer, cierta disciplina y, tal vez en algunas escuelas elitistas, como decía un conocido político, “la cultura del esfuerzo”. ¿Es eso suficiente? Probablemente no para tener hombres “libres”, pero sí para tener clientes dóciles, previsibles y manipulables; es decir entusiastas consumidores del engaño. ¿Quiere eso decir que todos somos igualmente manipulables? No, pero tal vez que los hombres/mujeres sean más libres no es un resultado que se vea favorecido por la escuela sino que se consigue quizás a pesar de ella; como decía un viejo profesor de Facultad “lo que me ha servido para llevar una vida más o menos satisfactoria y estimulante lo he aprendido de la vida y de lo que he leído por mi cuenta”. ¿Resulta esta expresión exagerada o particularmente desencaminada? Probablemente, no.

Por otro lado, otro objetivo encubierto del modelo educativo extendido en ciertas sociedades (y que en ocasiones consigue inculcar con una extraordinaria eficacia que no muestra en otros objetivos tal vez menos lustrosos) es hacer que cunda la idea de que no es bueno, que se debe ni se puede, vivir solo/sola. Esto es así de manera especial en los colegios dedicados de forma exclusiva a chicas o chicos. Dicho miedo a la soledad busca en realidad que amplios grupos busquen en el matrimonio o la familia no una opción posible sino una opción necesaria e imprescindible. No obstante, como demuestran numerosos estudios psicológicos quien no es capaz de vivir solo, de estar a gusto con uno/a mismo/a, difícilmente lo va estar con otro/a ni va a poder realmente contribuir a educar a niños sanos y autónomos, y mucho menos va a ser libre para elegir a la persona adecuada para compartir su vida, pues esa elección siempre se produce bajo la amenaza de una posible soledad (lo que a la postre puede llegar a estar en la raíz de muchos malos tratos). Por lo tanto, lo que este sistema produce son individuos dependientes con tendencia a desequilibrios personales que suelen transmitir a sus hijos, en quienes buscan esa compañía que desesperadamente necesitan y que normalmente resulta imposible de satisfacer pues es en realidad insaciable.

Este horror a la soledad o incapacidad para estar a gusto con uno mismo, provocado por el modelo educativo, puede encontrarse también en la base de la utilización de las mascotas como sustitutos del marido/mujer/hijo. Bajo un pretendido amor a los animales muchas veces aparece una instrumentalización de éstos para compensar carencias emocionales y de personalidad, pues lo que se busca no es alguien con quien interactuar y por tanto mutuamente enriquecerse, sino alguien que sea dócil e incapaz de quitarnos la razón o poner en cuestión nuestra valía, convirtiéndose de este modo en una relación enferma.

En resumen, el actual sistema educativo ¿enseña a pensar por sí mismos? ¿A estructurar el razonamiento y la mente de forma razonable y eficaz? ¿Estarían la mayoría de maestros y profesores preparados para semejante tarea? (para enseñarlo parece que deberían habérselo enseñado alguien o haberlo aprendido ellos primero). No parece que se pueda responder afirmativamente a ninguna de

esas tres preguntas. Para cambiar esta situación hace falta bastante más que una ley, hace falta cambiar el paradigma que lo sostiene.

c) *En las sociedades occidentales hay más calidad de vida, vivir más es sinónimo de vivir mejor.*

Parece que por poder vivir más años uno debería ser más feliz ya que de forma muy simplista tiende a asegurarse que “lógicamente, nadie se quiere morir” (ignorando para ello las tasas de suicidios y sujetos depresivos). Es uno de los problemas más graves de las sociedades occidentales y donde más hipocresía se encuentra, ya que se confunde fácilmente “cantidad” con “calidad”.

Una primera contradicción que esconde el paradigma predominante es que en la misma época en que oficialmente la sociedad económica jubila a algunos de sus miembros (en otras palabras los considera no útiles para ella) a los 65 ó 70 años, la ciencia avanza para conseguir que cada vez se viva más años, considerándose normal (cuando hasta hace poco era excepcional) que hoy en día una persona viva hasta los 90 o incluso 100 años.

Pero ¿hemos conseguido que la llamada tercera edad sea sinónimo de edad de calidad? No siempre, ni de manera suficiente, sin embargo seguimos apegados a alargar la vida en vez de trabajar por mejorar la calidad de los años que vivimos/vivamos seas éstos los que sean. Prueba de ello es que se haga compatible dicho paradigma, no sin algunos esfuerzos, con la exaltación exagerada de la juventud y de lo joven, lo que lleva a que su mantenimiento exija el incremento paralelo de operaciones de cirugía estética, de venta de maquillajes y ungüentos que permitan seguir creyendo a los fieles del paradigma predominante en su eterna juventud.

d) *La familia es siempre el mejor núcleo para el desarrollo humano por lo que todos deben proveer a su protección.*

El sistema económico predominante impone unos horarios laborables incompatibles con la preservación del equilibrio y armonía familiar. Curiosamente este fenómeno es más exacerbado en los países latinos y católicos, donde el peso de una cultura “pro familia” es mayor. La mujer, a la que se presenta como verdadero pilar de la familia (y a la que se excluye curiosamente de posiciones claves en la supuesta gran familia que es o debería cualquier Iglesia) en vez de ser ayudada a desarrollar plenamente su proyecto vital se la somete a todo tipo de presiones para que viva bajo un permanente estado de estrés y frustración.

Pero además de que el sistema económico-social predominante, contrariamente a lo que sostiene, no ayuda en realidad a la familia, existen otros elementos que permiten discutir igualmente el paradigma predominante de que la familia “tradicional” sea el mejor ambiente posible para la educación del niño/niña. Así, cabe recordar que en los divanes o consultas de psicólogos y psiquiatras se agolpan numerosas personas cuyo problema estriba, en un gran porcentaje de casos, en su mala relación con su padre, con su madre, con su marido, con su mujer o con un hermano o hermana; en otras palabras en la manipulación y/o abusos sufridos a manos de algunos de esos sujetos tan “familiares”. Cuando vemos u observamos actitudes violentas o predelictivas en ciertos tiernos infantes, miramos irremediabilmente al padre o madre (en su actitud violenta, dogmática o simplemente ignorante que le es propia) para encontrar mayormente la clara explicación de tal comportamiento. Igualmente problemas de carácter de jóvenes encuentran su reflejo en el carácter de sus progenitores, etc.

No obstante, parece que estos datos se valoran poco o se consideran como irrelevantes, pues a pesar de la realidad que se presenta ante nuestros ojos, se sigue defendiendo de manera genérica, simplista y “acrítica” la prevalencia del modelo familiar actual como mejor formato para el desarrollo y educación de los hijos.

e) *El juego económico y comercial actual es compatible con la ética, la justicia y la igualdad.*

El objetivo fundamental del juego económico mercantilista es enriquecerse; sin embargo el problema estriba en que no podemos ser todos millonarios. El millonario, para poder disfrutar de su riqueza, necesita de otros que le sirvan (mayordomos, sirvientas, camareros, botones, chóferes, guardaespaldas, vendedores), le asistan (asesores, abogados, secretarios, señoritas/os de compañía y satisfacción sensual) y normalmente trabajen para él/ella. Es verdad que todas estas actividades el

enriquecido las paga (unas veces mejor que otras), pero ese salario en el fondo es un sustitutivo que el propio sistema desprecia, pues la felicidad está reservada, en realidad, sólo a los que trabajan para sí mismos, sólo ellos pueden realmente ser dueños de su tiempo y autónomos, una característica consustancial a la felicidad y a la libertad.

Por tanto, aunque pueda incrementarse de manera razonable el número de ricos y empresarios de éxito, por esencia no todo el mundo puede serlo pues el que emplea necesita empleados y el que pretende disfrutar de su riqueza requiere, como hemos visto, quien le asista y sirva, para sentirse tal. En definitiva, el sistema promueve una gran motivación para trabajar duro que es la de ganar más, pero el objetivo último que es enriquecerse (suponiendo que se haya conseguido a través de medios lícitos), no supone por sí mismo la felicidad para todos, pues necesita que otros sacrifiquen su propia felicidad por la del enriquecido. En otras palabras, lo que el sistema económico procura es una felicidad provisional (que requiere constantemente de nuevas posesiones), frágil y sustentada sobre la infelicidad de otras personas. Como consecuencia, se quiera ver o no, el juego económico fomenta la desigualdad.

f) *Todo trabajo dignifica al hombre.*

Este paradigma social, a semejanza de otros que hemos visto anteriormente, utiliza una parte de verdad (“algunos trabajos dignifican al hombre”) para extender una presunción que por general y exagerada claramente resulta falsa. La verdad podría ser “el trabajo debería dignificar al hombre pero en realidad la mayoría de los trabajos lo empobrecen”. El problema estriba en la aparente falta de interés en crear puestos de trabajo que resulten realmente creativos e interesantes, quizás porque la sociedad necesita de demasiados sujetos susceptibles en un futuro de ser sustituidos por máquinas en el momento en que empiecen a provocar demasiados problemas.

g) *La ciencia busca honestamente la verdad*

La ciencia vive de modelos y paradigmas (esta vez científicos, léase al clásico Khun). Cuando un investigador se encuentra con un fenómeno, hecho, descubrimiento, etc... que puede poner en cuestión su modelo o paradigma, simplemente lo desprecia y/o esconde bajo el calificativo de anomalía. Lo extraño es que aunque la historia demuestra que cada paradigma científico dominante más tarde o más temprano es sustituido por uno nuevo, en cada momento histórico los defensores del modelo vencedor de turno defiendan como verdaderos creyentes, a sangre y fuego “su verdad”, descalificando en consecuencia a quienes osen ponerlo en cuestión como ignorantes o locos.

¿Por qué resulta tan difícil al mundo científico vivir con la evidencia de que “sus evidencias” no son nunca completamente evidentes? La ciencia golpea al que cuestiona sus verdades provisionales con una actitud que está más cercana del dogmatismo y de la intolerancia que del verdadero espíritu científico. Y son precisamente ese dogmatismo y esa intolerancia los mayores enemigos de la verdad.

Pero es que además, la ciencia no es casi nunca neutral respecto al sistema predominante. De hecho la ciencia sobrevive en la medida en que su hija mayor, la tecnología, pueda seguir sirviendo eficazmente a los intereses económicos dominantes y sus principales actores, que son de quienes depende a fin de cuentas económicamente.

h) *El conocimiento es algo **sumamente** complejo sólo abierto a los grandes estudiosos o iluminados afortunados.*

Sostener que el conocimiento sólo es accesible a unos pocos ayuda a mantener un sistema elitista en el que cualquier intento sincero de compartir el poder resulta quimérico. Lo cierto es que todo aquél que contribuye a extender la oscuridad, contribuye a expandir la ignorancia. Es más, quienes pudiendo (aunque tal vez no sabiendo), no se esfuerzan en expresar de forma comprensible para la mayoría lo que piensan o intuyen son cómplices, tal vez sin reconocerlo de forma consciente, del poder y de su mejor instrumento: la ignorancia. Haciendo complicado lo bueno se empuja al grupo a optar por lo malo, pues siempre lo que es más fácil, o parece serlo, sale venciendo. De esta manera la mentira puede seguir haciendo su particular “agosto”, y lo mágico y lo numinoso predominar con arrogancia entre las gentes. Y recuérdese, quíerose o no, nada puede hacerse contra el parecer de la mayoría.

Podríamos seguir ampliando la lista de ejemplos de paradigmas, pero creemos que basta con los anteriores, al menos en el primer avance que el presente artículo representa. Sí importa destacar que la influencia de estos paradigmas sobre las distintas personas variará, entre otros aspectos, en función de su carácter. Existe, por otra parte, un grupo tal vez excesivo de personas cuya vida gira en torno a uno/varios de estos paradigmas, cuya identidad “es” ese paradigma, de manera que de demostrarse su falsedad probablemente su vida correrá el riesgo de quedarse en nada; hasta ese punto han llegado el engaño y la manipulación... Por ejemplo, hay personas que se identifican, “son” su trabajo. Aunque sea en el fondo una actividad más o menos estúpida, más o menos irrelevante, ellos necesitan creer que su trabajo lo es todo, que es de la máxima importancia. Así cuando les echan, lo pierden o se jubilan se convierten en personas que se quedan sin identidad. Tres cuartas partes de lo mismo puede decirse de la relación de algunos con su paternidad o maternidad, de manera que cuando sus hijos se van de casa, no responden a sus expectativas o demuestran no quererles como aquéllos esperaban, se convierten en espíritus errantes a la espera de la vuelta del hijo pródigo.

Es decir, en esos casos, el paradigma se adueña de la identidad de la persona, los maniatada y convierte en sus esclavos; persona y paradigma se funden en estos casos en una unidad.

6. Constataciones finales: la importancia del temor y la manipulación para el mantenimiento del poder político, económico y religioso.

El poder, por sus propias características intrínsecas, suele necesitar para su supervivencia mantener a sus fieles, súbditos, empleados y clientes, de alguna manera engañados y miedosos, pues otra cosa sería una amenaza directa a su propia existencia. Se trata de conseguir que los destinatarios de cada poder se comporten de manera suficientemente predecible, homogénea y ordenada, de forma que sean susceptibles de ser organizados, controlados y puedan exigírseles esfuerzos que puedan resultar contraproducentes para su interés real e incluso llegar a atentar contra su propia salud física y mental. Para ello resulta necesaria la consagración de determinados paradigmas sociales que puedan servir de guías seguras al comportamiento organizado de los componentes de cada grupo social, paradigmas que son mantenidos en el tiempo más allá (o prescindiendo totalmente) de su verdad y/o autenticidad, llegando a despreciar, ocultar intencionadamente o ignorar los datos que puedan ponerlo en cuestión o aconsejen acuciantemente cambiarlo por otro.

Ello es compatible, y probablemente en eso consiste nuestra libertad, con permitir a determinados grupos que se salgan de la norma/horma, consintiendo incluso actos contra-sistema, siempre que dichos grupos más creativos sean minoritarios y sus propuestas no puedan amenazar el “way of life” dominante. Dentro de esos grupos entrarían algunos artistas, académicos, etc..., si bien en cuanto alguno de ellos pudiera intentar generalizar su situación de privilegio al resto de la sociedad, sería probablemente aparcado, desprestigiado o comprado.

No obstante para mantener ese proceso resulta necesario asimismo encumbrar la utilización de la máscara. La máscara, actúa y oculta la acción de lo humano socializado. No diremos que lo disfraz, ya que su funcionar es más complejo y se efectúa sobre estructuras del ser más fundamentales que el simple aparentar o el “hacer que se es”. En realidad, máscara y funcionar socializado (actuar y ocultar) son inseparables del individuo que intenta integrarse en los correspondientes niveles de su grupo. Pero la máscara es también el resultado de un intento por reproducir y por perpetuar el sistema. Es la confesión pública, reconocida, “oficial”, de la posibilidad del engaño, casi podríamos decir de la imposibilidad del no-engaño, de hacerlo (al engaño, a su posibilidad, casi a la seguridad de su ocurrencia) “moralmente aceptable”, para lo cual hay que inutilizar el sentido riguroso de la moral y condicionarla con un modelo ideológico concreto. Y así la máscara adquiere una naturaleza sacramental –de ritual instituido y sacralizado– en representación de unos propósitos que ya han sido llevados hace tiempo al limbo de lo abstracto y de lo indiscutido.

Pero ni siquiera eso será suficiente para la actuación cognitiva externamente programada de la máscara –incluso así mantiene latente un poder demasiado violento– ya que su metáfora habrá de invocarse jaculatorialmente para que pueda ser utilizada sin riesgo, pasivamente, incondicionalmente. Con la máscara así “sentida”, podríamos entrar los humanos ya preparados en ese reino del

representante de la seriedad nietzscheano, allí donde el sacerdote ascético enarbola “con su ideal, no sólo su fe, sino también su voluntad, su poder, su interés”. De ese ideal depende todo “su *derecho* a existir”;¹³ no es extraño por tanto que sea tan terriblemente defendido aún a costa de nuestra entera felicidad y, llegado el caso, de nuestra propia existencia.

¹³ El subrayado en cursiva es de Nietzsche. Éste cierra así su argumento: “¿Cómo extrañarnos de tropezar aquí con un adversario terrible, suponiendo que nosotros seamos los adversarios de aquel ideal? *La genealogía de la moral*, p. 151.